

INTRODUCCIÓN GENERAL

Esta nueva *Historia de España* que publican en coedición la Editorial Crítica (Barcelona) y Marcial Pons, Ediciones de Historia (Madrid), pertenece a un género historiográfico que cuenta con una gran tradición en la cultura española, pues son numerosas las obras que, con el título más o menos explícito de “historia general de España”, se han publicado desde el siglo XVI hasta la actualidad. No es menester efectuar una genealogía de esta tradición literaria para darse cuenta de que este es un reto al que los historiadores de cada época han intentado enfrentarse.

Dejando al margen la abundancia de “crónicas” y “anales” de tradición medieval, es opinión común que las obras del vasco Esteban de Garibay (1571) y del jesuita toledano Juan de Mariana (1592) son las primeras expresiones dignas del nombre de historias de España. Ambas planteaban uno de los grandes debates políticos e historiográficos que, desde entonces, no ha dejado de estar presente en este tipo de obras: ¿Cuál es el sujeto del relato? En el caso de Garibay, su relato es una exposición yuxtapuesta de la “universal historia de todos los reynos de España”. En el caso de Mariana, su enfoque es más unitarista y el eje sobre el que gravita la narración es el reino de Castilla.

La obra más influyente fue, sin duda, la del padre Mariana, *Historiae de rebus Hispaniae*, en versión latina de 1592 y castellana de 1601, que fue durante más de dos siglos el gran referente de la historiografía española. Impresa todavía en el siglo XIX, la obra de Mariana sólo fue sustituida en el favor del público y de la crítica por la *Historia general de España*, de Modesto Lafuente, publicada en 30 volúmenes entre 1850 y 1859 y también sucesivamente reeditada. El éxito de la obra de Lafuente fue notable, tanto en la fijación de los grandes tópicos de los manuales escolares como en la construcción del imaginario histórico de la España liberal, en el que el gran sujeto del relato fue el “ser vivo” de la nación española, ordenada por unos principios que arrancaban del proyecto de Covadonga: “una religión, un sacerdocio, un trono, un rey, un pueblo y una monarquía”. Se publicaron muchas otras obras de índole general en la España del siglo XIX, pero ninguna otra adornó como ésta los anaqueles de las bibliotecas de las clases medias españolas de la época de la Restauración.

La crisis del fin de siglo y la recepción de algunas influencias de la historia francesa y alemana favoreció la aparición de nuevas historias generales, algunas de ellas mucho menos extensas que las anteriores. La más valiosa fue la *Historia de España y de la civilización española* (1899)

de Rafael Altamira, un autor que trató de introducir en España los métodos de la historiografía francesa de Gabriel Monod y Henri Berr. Frente a la hegemonía de la historia política y de acontecimientos del modelo liberal, la apuesta de autores como Altamira fue la de introducir nuevos conceptos, como el de “civilización”, noción que suponía prestar atención a las instituciones sociales, a la economía y a la cultura.

El más ambicioso de todos los proyectos de historia general de España concebidos durante el siglo XX fue el que comenzó dirigiendo Ramón Menéndez Pidal y culminó José María Jover. Aunque es difícil atribuir unidad de relato a una obra que tardó unos setenta años en completarse, con más de sesenta volúmenes publicados y en la que colaboraron cientos de autores de épocas y formaciones muy diversas, lo cierto es que acabó convirtiéndose en una obra de referencia, más como enciclopedia que como texto accesible para el gran público. Aunque durante el franquismo logró esquivar los intentos de reconstruir un relato histórico acorde con el régimen dictatorial, la influencia de su primer director, maestro de la escuela histórico-filológica española, se dejó sentir en su enfoque profundamente unitarista y castellanista, como denunció de forma contundente Pere Bosch-Gimpera en su conocido discurso “España”, pronunciado en la universidad de Valencia en 1937, germen de las reflexiones agrupadas en su libro *La España de todos* (1976), todo un manifiesto en su propio título.

A partir de la guerra civil y del triunfo de la dictadura de Franco, dos grandes modelos historiográficos trataron de reflejar la radical diversidad política de las “dos Españas”. El de la tradición republicana continuada en la “España peregrina” del exilio, del que formaron parte tanto el citado Bosch-Gimpera como Ramos Oliveira, Américo Castro o Sánchez-Albornoz. Muchas de sus controversias tuvieron amplio eco en el interior, pero nunca abdicaron de su condición de intelectuales pertenecientes al bando de los vencidos. Algunos libros más breves escritos en el exilio, caso de los primeros textos de Tuñón de Lara, o de hispanistas como Pierre Vilar, lograron introducir en el debate historiográfico enfoques y contenidos correspondientes a la época contemporánea. La breve *Historia de España* (1947) de Vilar fue, en este sentido, un libro de amplia repercusión, por más que su lectura no se hiciera masiva hasta los años setenta, en la edición de Crítica.

Mientras tanto, en la España de Franco hubieron de convivir posiciones historiográficas bien diversas, desde la citada escuela de Menéndez Pidal o los manuales de Aguado Bleye y de Antonio Ballesteros con obras de autores como José María Pemán, autor de *La historia de España contada con sencillez*, un “texto oficial para las escuelas públicas de la nación” repleto de errores y de intención propagandística. La resistencia más o menos “silenciosa” frente a esta interpretación de la

historia de España fue abriéndose paso de forma paulatina. El programa historiográfico abierto por Jaume Vicens Vives en los años cincuenta fue el primer paso, concretado en su *Aproximación a la historia de España* (1952) y sobre todo en su obra más ambiciosa, *Historia social y económica de España y América* (1959), escrita por lo que Vicens denominaba con frecuencia “escuela de Barcelona”. Su aproximación a la estadística, su aliento interpretativo y su rechazo del “culturalismo” -por sesgado y lleno de prejuicios ideológicos- marcaron un punto de inflexión en la historiografía española del siglo XX.

La renovación de los años sesenta y setenta, entreverada con la recepción del marxismo y de la escuela francesa de los *Annales*, se plasmó a su vez en la aparición de nuevas visiones generales de la historia de España. Además del muy conocido manual de los sesenta de Ubieto, Reglá, Jover y Seco, *Introducción a la historia de España*, los dos proyectos más sólidos se elaboraron en la década de los setenta. El primero fue la *Historia de España Alfaguara*, dirigida por Miguel Artola, en la que se funde la mejor tradición liberal con la pujante historia económica y, algunos años más tarde, la más extensa *Historia de España Labor*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, que suponía una confluencia de la historiografía del interior de orientación progresista con la practicada durante muchos años en el exilio.

Desde entonces, y pese a los cambios que han tenido lugar en los enfoques, los contenidos y los métodos historiográficos, las historias de España publicadas han sido o bien ensayos de interpretación global del devenir histórico español (pensemos en las más recientes de Joseph Pérez, Javier Tusell o Antonio Domínguez Ortiz) o bien aproximaciones de naturaleza enciclopédica o temática, de gran valor en contenidos y planteamiento de nuevos problemas, pero carentes en general de una intención unitaria. El género de la historia de España también fue abordado por obras de vocación divulgadora y, a veces, claramente revisionista, del que la presente obra se quiere separar claramente. Nos hallamos, pues, en un momento en el que no sólo se debe afrontar una nueva historia de España, sino que es necesario hacerlo con otras perspectivas que incorporen las profundas transformaciones que ha experimentado el conocimiento de nuestro pasado colectivo en los últimos veinte o treinta años.

Esta *Historia de España* nace con vocación de síntesis, aún dentro de su extensión, pero no se concibe como un habitual estado de la cuestión. Se trata de establecer una visión de conjunto del pasado histórico español, inspirada en la renovación historiográfica que ha tenido lugar en España desde los años setenta, que sea digna heredera de la tradición democrática y

progresista que inspiraba obras como las de Altamira, Artola, Tuñón, Vilar o Vicens. Hoy conocemos mucho mejor el pasado, pero no es sólo el caudal de conocimientos lo que importa, sino de forma especial los nuevos enfoques y problemas que se deben abordar. Porque de lo que se trata, en última instancia, es de ofrecer, por la vía del relato histórico, una visión de la España actual, de ordenación política plural en su forma de Estado y de entusiasta apertura al exterior en sus comportamientos económicos, sociales y culturales.

El plan de esta *Historia de España* es más novedoso de lo que, a primera vista, pudiera parecer. La obra es de carácter colectivo, dividida en doce volúmenes, diez de ellos concebidos con criterio cronológico y dos de naturaleza más transversal o sectorial, dedicado uno a la posición de España en Europa y el otro, al proceso de construcción de las historias de España, sus grandes debates y sus mitos. El objetivo no es publicar una historia de España más, sino ofrecer una obra que represente lo que un grupo de historiadores españoles de comienzos del siglo XXI piensa de la sociedad en la que viven, convencidos de que el conocimiento del pasado es herramienta imprescindible para proyectar el propio futuro. Es una obra que está escrita por historiadores profesionales, pero que se dirige a un público amplio, con la intención de situar el debate sobre el pasado colectivo de los españoles en el punto de mira de la opinión pública de la sociedad actual.

Como fruto de esta reflexión, se van a privilegiar más los enfoques nuevos que la voluntad de ofrecer un balance de lo que hoy sabemos sobre el pasado español. Aunque el sujeto implícito del relato es España, hay una voluntad decidida de superar las posiciones nacionalistas o esencialistas que tanto han caracterizado el discurso historiográfico español del siglo XX. Porque esta obra no surge como una respuesta a un “problema de España”, como pensaban Ortega, Castro o Sánchez Albornoz, sino con la voluntad de construir una imagen de la España actual como una sociedad abierta e integrada en el plano europeo y mundial, con sensibilidad por la pluralidad y la diversidad cultural. Estas son algunas de las preocupaciones actuales que, en otro tiempo, o no se tenían en cuenta o no se consideraban esenciales para la construcción de un relato histórico. Se prefería asentar la idea de los orígenes remotos y específicos de los pobladores de España, desentrañar caracteres nacionales permanentes, como la religiosidad o la precoz unidad política, y resaltar los aspectos más excepcionales o únicos del devenir histórico español, separándolo de forma más o menos consciente de la marcha general de la historia europea.

Y hay, en cambio, nuevos problemas que guiarán la perspectiva con que nos enfrentemos en la actualidad a este reto de construir otro relato de la historia española. De entrada, la decisión de entender España desde un punto de vista de la diversidad, pero sin caer en la fácil tentación de

levantar un edificio por agregación de relatos particulares, sea de tópicos específicos, sea de territorios acotados. Por otra parte, está la decisión de los autores de incorporar a su punto de vista la importancia de cuestiones como la construcción de una ciudadanía activa, el papel de la política y la cultura, el peso de la mujer o, en otra perspectiva, la integración europea o la posición de España en el mundo. Aunque depende de las distintas etapas cronológicas, estas serán algunas de las balizas que marcarán las rutas del relato de esta Historia.

En la distribución de contenidos y en la acotación temporal de cada uno de los volúmenes predomina claramente la época contemporánea, con especial atención al siglo veinte, del que se ocupará de forma expresa una tercera parte del total de la obra. Se trata de una decisión que no deriva de gustos o conveniencias personales, sino de la convicción, claramente deudora de la tradición historiográfica en que nos situamos, de que el presente es dato fundamental para guiar nuestra visión del pasado, tanto próximo como remoto.

Esta obra nace de la confluencia no sólo de dos editoriales asentadas en las dos principales ciudades españolas actuales, sino también de una nómina de autores de filiación metodológica y generacional relativamente plural, a quienes, como coordinadores de la obra, queremos manifestar nuestro agradecimiento. Es esta voluntad de convergencia lo que ha amalgamado el proyecto y no tanto la percepción de un problema social o político, como pudo haber sido la crisis del 98, la guerra civil o el final del franquismo, que es algo que está detrás de muchas de las historias de España que nos preceden. Por esta razón, podemos afirmar que ésta es una obra que no se incuba en ninguna “angustia nacional” ni en el drama de un conflicto bélico o político, sino que nace de la práctica normalizada de un trabajo intelectual. En cierto modo, es la propia condición profesional de historiadores la que ha determinado que este proyecto fuera realizado. Esta es nuestra propuesta para los lectores que, a la postre, serán los mejores intérpretes de los resultados de la obra.

Josep Fontana
Ramón Villares